

HISTORIA UROLÓGICA HISPÁNICA

Lírica y prosa del contagio venéreo en el Madrid del siglo XVIII

Juan José Gómiz León ^{1,2}*

¹ Servicio de Urología, Hospital Clínico "San Carlos", Madrid. ORCID ID 0000-0002-7294-2051

² Academia Oficina de Historia. Asociación Española de Urología

* Correspondencia: gomezj@hotmail.com

Resumen: Se confrontan dos textos, uno lírico, el Arte de las Putas de don Nicolás Fernández de Moratín; el otro, quirúrgico, prosaico y divulgativo, intitulado Disertación quirúrgica sobre las enfermedades que se oponen a la expulsión de la orina de Charles Richard Beaugard, en el que se exponen los tratamientos disponibles paliativos de las secuelas uretrales derivadas de contagio venéreo blenorragico. El comercio sexual, la promiscuidad secreta y las enfermedades de transmisión asociadas fueron muy prevalentes en tiempos de la Ilustración, con impacto en todas las clases sociales y en todos los rangos etarios. En el Arte, su autor revisa en tono festivo y satírico las costumbres de la clientela madrileña en su trato con las meretrices, sus nombres, lugares donde realizaban su actividad, sus enfermedades y cómo prevenir el contagio, así como también donde y a quien recurrir una vez manifestada la enfermedad. Entre los médicos, cirujanos titulados y empíricos, sin duda fue el cirujano francés Beaugard uno de los que alcanzó mayor reputación, particularmente con el empleo de candelillas y cerillas medicinales manufacturadas, que tanto aplicaba él mismo en consultorio como vendía con la correspondiente licencia administrativa para empleo del usuario y alivio de la estranguria derivada de las estenosis uretrales inveteradas.

Palabras Clave: Nicolás Fernández de Moratín, Arte de las Putas, Charles Richard Beaugard, Disertación Chirúrgica.

Abstract: Two texts are confronted, one lyrical, the Art of Whores by Don Nicolás Fernández de Moratín; the other, surgical, prosaic and informative, entitled Surgical dissertation on the diseases that oppose the expulsion of urine by Charles Richard Beaugard, in which the available palliative treatments for urethral sequelae derived from venereal gonorrhoea contagion are set out. The sexual trade, secret promiscuity and associated transmitted diseases were very prevalent in times of the Enlightenment, with an impact on all social classes and all age ranges. In Art, its author reviews in a festive and satirical tone the customs of Madrid's clientele in their dealings with prostitutes, their names, places where they carried out their activity, their illnesses and how to prevent contagion, as well as where and to whom. resort once the disease manifests. Among doctors, qualified and empirical surgeons, the French surgeon Beaugard was undoubtedly one of those who achieved the greatest reputation, particularly with the use of manufactured medical candles and matches, which he himself applied in his office and sold with the company. corresponding administrative license for the user's employment and relief of stranguria derived from inveterate urethral strictures.

Keywords: Nicolás Fernández de Moratín, Arte de las Putas, Charles Richard Beaugard, Disertación Chirúrgica.

Cita del Artículo: Gómiz León, Juan José. Lírica y prosa del contagio venéreo en el Madrid del siglo XVIII. *Historia Urológica Hispánica*. 2024, Vol.3; Art.11.

Revisores del Artículo: Javier Angulo Cuesta, Juliusz Szczesniewski

ISSN 2951-9292

Copyright: © Asociación Española de Urología (AEU), Oficina de Historia.

1. Introducción

Aun careciendo de datos epidemiológicos fiables, es lícito conjeturar a la vista de referencias literarias y médicas que han sobrevivido el devenir del tiempo que la enfermedad de transmisión sexual (E.T.S.), en general y no obstante sus diferentes expresiones, fue altamente prevalente en el siglo XVIII extendiéndose hasta el advenimiento de la era antibiótica, así como también lo fueron otras patologías infecto-contagiosas, como en particular la infección tuberculosa, relegadas en la actualidad a poblaciones depauperadas, si bien ambas, E.T.S. y tuberculosis continúan vigentes en nuestro medio, observándose un repunte de su incidencia a partir de la década de los 90' en determinados grupos de riesgo asociada a infección por virus de la inmunodeficiencia adquirida.

La enfermedad de transmisión sexual, por las características de su contagio, sus manifestaciones externas en determinadas variantes como la sífilis, o sus secuelas pertinaces y recidivantes con afectación de las vías urinarias, cronificadas a lo largo del curso clínico y de imposible curación radical y solo obedientes a métodos paliativos empíricos tópicos o instrumentales, como la gonococia, cuyo ejemplo paradigmático es el de Juan Jacobo Rousseau (1712-1778) relatado por él mismo [1] dependiente gran parte de su vida y hasta el final de la misma de autodilatarse la uretra con sodas y candelillas elaboradas por sus médicos con objeto de mantener expedito el trayecto final de la orina, suponían para el infectado un estigma social y un sufrimiento personal recurrente.

Estas enfermedades «vergonzosas» no se restringían a determinados estratos socio-económicos de la población, incidiendo en todos sin excepción, sin exclusión siquiera del estado eclesiástico ni de todos los miembros de la unidad familiar afectada: hijos contagiados prenatalmente, en el momento del parto o en la lactancia, ocasionando elevada mortalidad neonatal e infanto-juvenil. Sífilis y gonorrea se solapaban con frecuencia, no existiendo entonces una definida separación de estas dos entidades mórbidas sino hasta el advenimiento de la medicina etiopatogénica, mediado el siglo XIX, identificada por Albert Neisser en 1855 la bacteria responsable de la infección gonocócica y el *treponema pallidum*, responsable de la sífilis, principiando el siglo XX por Eric Hoffman y Fritz Schaudinn en 1905.

2. Comentarios y discusión

El poema intitulado muy a posteriori Arte de las putas [2] se estima data su redacción alrededor de 1775-1776, circulando copias manuscritas subrepticamente en círculos literarios madrileños. No obstante ser un poema inédito, fue fulminada su tenencia, difusión y lectura por edicto del tribunal de la Inquisición de corte publicado el 20 de junio de 1777, e incluido en el *Index librorum prohibitorum*: «Arte de las putas, poema ms. en

106 pgg. así intit. Se divide en 4. Cantos: el 1. Empieza: Hermosa Venus, que al amor presides, y el 4. acaba: El dulce Moratín fue mi Maestro» [3].

Don Leandro Fernández de Moratín y Cabo (1760-1828), hijo único del autor del poema (Figura 1), don Nicolás Fernández de Moratín y González (1737-1780), cuya fama debe más a las glorias literarias del hijo que a su propia producción, eludió reseñar el poema en las Obras póstumas y en la semblanza biográfica que publicó en homenaje filial a su padre [4]. El manuscrito, es decir alguna de las copias del manuscrito original pues este se da por perdido, permaneció postergado hasta que, en 1898, recuperado del olvido por el señor académico de la Lengua don Emilio Cotarelo y Mori (1857-1936), lo publicó a sus expensas (Figura 2).

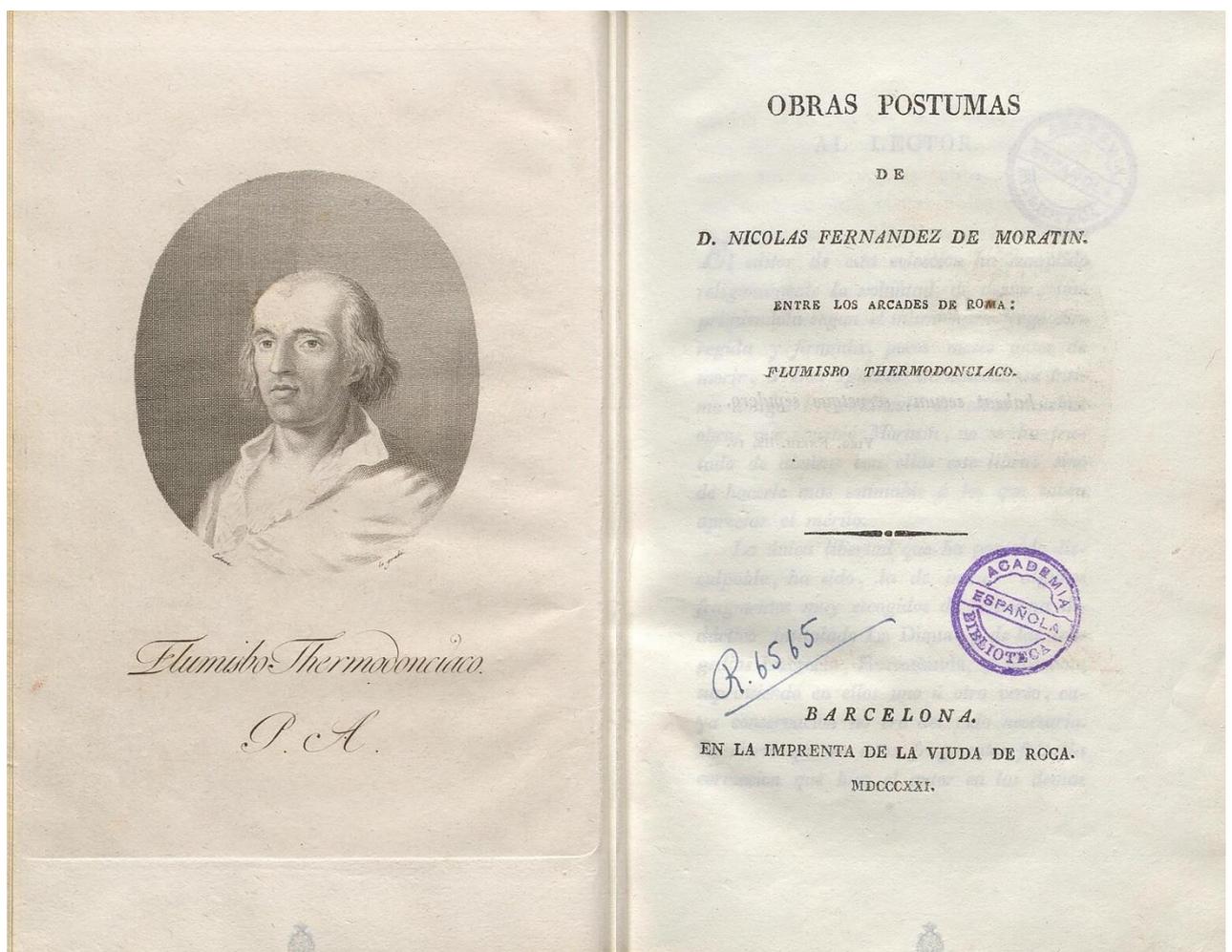


Figura 1. Don Nicolás Fernández de Moratín.

Fue su autor, como él mismo declara en el último verso del poema, «el dulce Moratín», entre los arcades de la *Accademia dell'Arcadi* romana *Flumisbo Thermodonciaco*, madrileño, abogado, poeta y autor dramático, tertuliano de la Fonda de San Sebastián en compañía de otros ilustres literatos como el militar don José de Cadalso (1741-1782), el oficial traductor de la secretaría de Estado don Tomás de Iriarte (1750-1791) o el académico de Bellas Artes y catedrático de Poética en los Reales Estudios de San Isidro

don Ignacio López de Ayala (1739-1789), a quien en ocasiones sustituyó en la cátedra don Nicolás. Quizá para entretener los ocios de esta tertulia literaria ilustrada escribió don Nicolás Moratín su poema, que se ha calificado de didáctico, satírico, crítico, costumbrista, erótico, festivo, pornográfico y moralista, entre otras adjetivaciones.

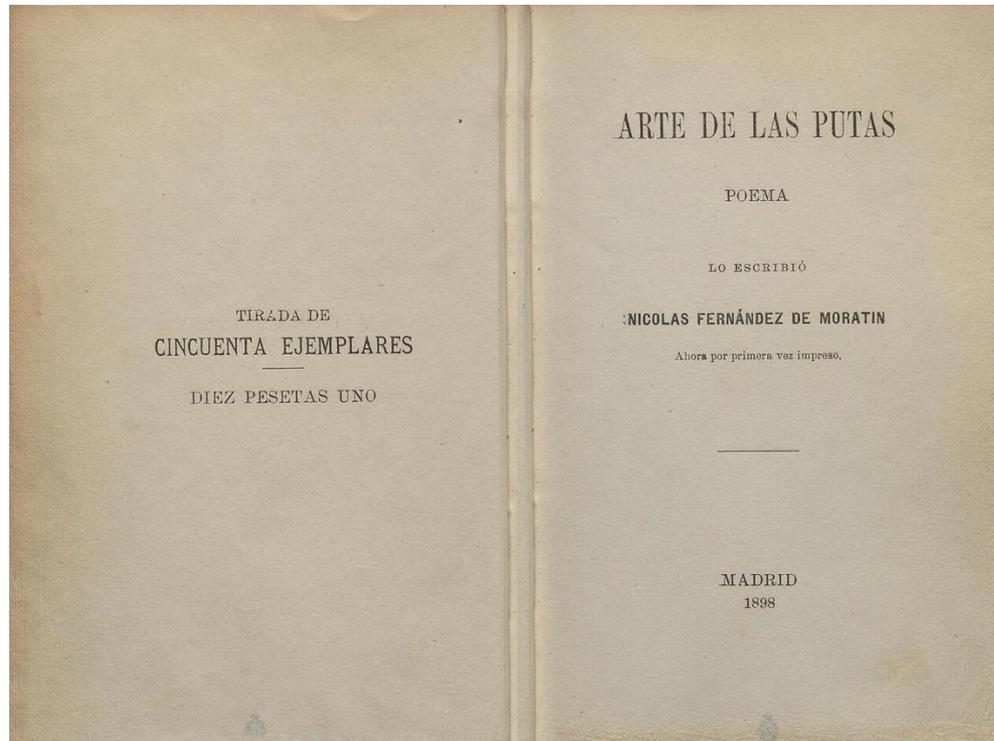


Figura 2. Arte de las Putas, primera edición.

El extenso poema, dividido en cuatro (IV) cantos consta en total de 1997 versos, principalmente endecasílabos de rima pareada; entre tantos encontramos algunos pocos que resultan de interés médico porque reflejan el concepto que vulgarmente se tenía de la fisiología de la erección, del contagio venéreo propiamente dicho, su profilaxis mediante el uso del condón, de su tratamiento e incluso por los nombres de los cirujanos expertos en la materia. Veamos algunos ejemplos:

Canto primero, versos 477-486

*Enciéndase la sangre recaliente
 En un joven robusto y muy ardiente
 En un viejo, o en un clérigo o en un fraile
 Y esgrimiendo la pringue a los riñones
 Baja por sutilísimos canales
 A esponjar los pendientes compañeros
 Los músculos flexibles extendiendo
 Y el instrumento humano entumeciendo
 Hasta el ombligo se levanta hinchado
 Del semen abundante retestado.*

Diez versos que con poética licencia compendian la pulsión libidinosa, la producción seminal y la erección simultáneamente. Conforme a la medicina hipocrática, el fluido espermático procede de la sangre aferente a los testículos extrayéndose a lo largo del epidídimo para depositarse en las vesículas seminales, de donde una parte de este fluido se reabsorbe, regresa a la circulación general y retorna de nuevo a los testículos y epidídimos en ciclos sucesivos. El poeta explica el mecanismo eréctil como consecuencia del fluido seminal acumulado en la verga, a la que atribuye una estructura muscular que es excitada no por acúmulo sanguíneo sino seminal. Pero no sólo este fluido seminal proviene de la sangre sino, según Hipócrates, también una pequeña proporción procede del fluido nervioso, «el más noble de los fluidos», elaborado en las circunvoluciones de la corteza cerebral de donde se distribuye a la médula y nervios que alcanzan los testículos, epidídimos y vesículas seminales (cuya estructura anatómica se comparó con la corteza cerebral, por semejanza). Siguiendo la doctrina hipocrática, en el momento de la eyaculación este fluido nervioso, evacuado con el seminal y formado parte del mismo, induce:

«La prompta debilidad, y floxedad en todo el nervoso-fibroso sistema, sino en las mismas fibras de la cerebral médula, órgano donde el Alma celebra sus mentales actos. Por esta razón el inmoderado venéreo uso entorpece tanto el humano entendimiento [...]. Igualmente se halla la razón por qué con el venéreo desorden la sangre se vicia: porque se depaupera de lo más preciosos de sus comprincipios, los cuerpos se extenuan y tabifican, observándose esto mismo en la tabes dorsal, efecto de la legítima gonorrea» [5].

Canto segundo, versos 206>219

*El condón de este modo fue inventado
Después los sutilísimos ingleses, filósofos del siglo, le han pulido
Y a membrana sutil le han reducido
Que las almendras le conservan fresco
Con el aceite que destilan dulce
Y las putas de Londres son multadas
Si no ofrecen bandejas de condones
Que hacen venir desde la China
Y en Montpellier se venden a paquetes
Y en las tiendas de Pérez y Geniani
Si los pagares bien y con secreto
Y por los secretarios de Embajada
Que a la nuestra remiten las naciones*

Canto segundo, versos 372>374

*Supongo que continuo armado sales del condón
Tu perenne compañero
Y así no ensuciarás los hospitales*

Atribuye aquí don Nicolás jocosamente la invención del condón a un fraile disoluto en un encuentro con una prostituta enferma de bubas, purgaciones y verrugas genitales a la que ajustó por dos reales, «haciendo escudo de su ropa santa» (verso 192). La conveniencia del uso del profiláctico se reitera a lo largo del poema, recurso selectivo y reservado a hombres pudientes y bien relacionados. El empleo del condón, como método de barrera contraceptivo o preventivo de contagios se remonta a la antigüedad, considerándose el vocablo etimológicamente derivado de la palabra latina *condus* (receptáculo), habiéndose confeccionado con materiales de origen vegetal y animal, como membranas viscerales o intestinos de cerdo y cordero tales como las empleadas para embutir chacinas, reutilizables una vez higienizados, conservándose en aceite de almendras para mantenerlos elásticos. Su uso en el siglo XVIII, si no generalizado, debía ser ya frecuente no obstante su comercio restringido y precio elevado. En Madrid da pistas el poeta donde podían adquirirse, determinadas tiendas y despachos de legaciones de gobiernos extranjeros, importados por valija diplomática. Que en Londres eran ya por entonces de venta habitual puede inferirse por el comercio que abrió al efecto una tal Mrs. Phillips [6]. Si bien el látex no sería utilizado hasta adelante el siglo XIX, durante unos trabajos de catalogación de fondos bibliográficos en la Biblioteca Histórica de la Universidad de Salamanca aparecieron, envueltos en un papel de periódico de 1857 y estos a su vez entre las hojas de un manual de Medicina del siglo XVI, dos preservativos manufacturados con tripa de cerdo provistos de un cordoncillo en su extremo proximal para su debido ajuste (Figura 3), ocultos y olvidados allí supuestamente por algún estudiante o profesor de la Facultad [7].



Figura 3. Condón elaborado con tripa de cerdo. Biblioteca Histórica, Universidad de Salamanca.

Canto segundo, versos 220>228

*Mas si acaso pequeñas purgaciones
 Destila por desgracia tu ciruelo
 Dura abstinencia observa y ten consuelo
 De que arraigarse el mal es imposible
 De una vez tal que llegue a ser temible
 Aunque toda ella fuera veneno
 Pues los que de ella a estar llegan postrados
 Es porque estando malos repitieron
 La fiesta, y más y más se estropearon*

El contagio primario y único, según creencia vulgar, podía curar espontáneamente siempre y cuando no se reincidiera en el contacto de riesgo, en cuyo caso la cronificación y la evolución tórpida sería inevitable. Por otra parte, y según la misma creencia, el concurso coital con la meretriz enferma no condicionaba por sí propio contraer la enfermedad; la penetración fugaz: «*De siempre el hurgonazo de pasadala Cándido imitando, el gran torero/que por lo pronta es limpia su estocada*» (II; versos 136>138); no reposar en lecho contaminado: «*Debe, pues, el experto putaño/no dormirse en colchón no conocido/por no vivir en esto uno advertido/le arrimó unas perennes purgaciones/la Catalana de la calle de Hita*» (II; versos 131>134); la erección por sí misma: «*Muchas ponderan la excelencia rara/del encabronamiento que preserva/de la infección venérea; son errores del vulgo*» (II; versos 115>118), o, por último, la predisposición a enfermar de unos sí y de otros, no, como expone el poeta a continuación en: II; versos 119>126:

*Estar tal pueden tus humores
 Que aunque estés con mujer no galicada
 Se corrompa tu linfa de escaldada
 Pues la disposición está en nosotros
 Y hay a millones experiencias de otros
 Que a las gorrondas van de las tabernas
 Llenas de lancetazos y botanas
 Con todo Antón Martín entre las piernas
 Y lo sacan más limpio que una espada*

Canto cuarto, versos 164>169

*Pero si acaso tu salud estragan
 Las puercas que lo tiene con gusanos
 Y les huele a chotuno en los veranos
 Urbina, Juan de Dios y Talavera
 Muy experimentados cirujanos
 En ingles de mancebos disolutos
 Te sajarán con delicadas manos
 Y los humazos del bermellón rojo
 Las tenaces ladillas desgarrarán*

El bermellón se obtiene, bien directamente por pulverización a golpes de mortero del mineral de cinabrio, bien por sublimación, resultando en ambos casos sulfuro de mercurio (SHg), polvo de coloración rojiza anaranjada, empleado tanto como pigmento en la pintura como, desde el siglo XV, medicamento antiluéptico. Originalmente se empleó por vía tópica (el célebre unguento gris), después por vía oral, intramuscular, intravenosa, mediante fricciones y por vía tanto transdérmica como respiratoria (vapores mercuriales), que en la segunda mitad del siglo XVIII debía ser un tratamiento común, pero especializado en manos de cirujanos sifilólogos, algunos nombres de los que trabajaban en Madrid nos ofrece el autor, nombres reales, expertos con la lanceta para drenar las adenopatías inguinales infectadas y en la aplicación del mercurio, que tanto valía para el tratamiento de las manifestaciones cutáneas de la lúes como antiparasitario eficaz.

El mercurio, como su compañero de tabla periódica el plomo, ambos metales pesados, están actualmente proscritos tanto de la medicina como de la artesanía, las artes, la cosmética y la industria por su elevada toxicidad bioacumulativa en órganos de la economía como el hueso, encéfalo, hígado y riñones, provocando cuadros clínicos característicos: el plomo el saturnismo y el mercurio el hidrargirismo, que en ocasiones podrían solaparse provocando cuadros clínicos mixtos en artífices de determinadas actividades (pintores, alfareros), toda vez que la intoxicación por plomo fue tan prevalente que se consideró epidémica en la comunidad, un severo problema de salud pública, descrito magistralmente en la población dieciochesca de Madrid [8] por el médico Ignacio María Ruiz de Luzuriaga (1763-1822), mientras que la de mercurio, menos frecuente, afectaba a los mineros, trabajadores de la industria extractiva del oro y enfermos luéticos tratados con mercuriales.

Si algunos cirujanos estaban familiarizados con el bisturí y los remedios basados en el mercurio, otros lo estaban con la fabricación y empleo de instrumentos dilatadores de la vía urinaria inferior, territorio anatómico donde la blenorragia recurrente (y entonces también la tuberculosis), provocaba secuelas secundarias a la inflamación de la mucosa uretral: estenosis fibróticas únicas o múltiples, abscesos submucosos y fístulas tórpidas. Uno de estos cirujanos especialistas, uretrólogos, que ofrecieron sus servicios en Madrid más o menos en los días que fue escrito el poema anteriormente referido, lo fue Charles Richard de Beauregard, cirujano de nacionalidad francesa establecido en la villa y corte una vez revalidada su titulación por el tribunal del Protomedicato, personaje estudiado con anterioridad [9] de quien se ofrece a continuación una síntesis con algún nuevo dato complementario.

Desconócense las datas de su biografía, así como el año de su establecimiento en Madrid, posiblemente muy al principio de la década de 1760 o finales de la de 1750. No dudó Beauregard en dar publicidad de sus

habilidades en la prensa periódica, indicando sus domicilios, que los tuvo en 1759 «frente de Porta Coeli, encima de la vidrería, cuarto principal», convento de Porta Coeli perteneciente a la orden benedictina de clérigos menores, fundado en 1648, del cual solo sobrevive el templo situado en la calle del Desengaño, ocupando entonces el convento la manzana 368 del barrio de San Basilio, limitada por las calles de la Ballesta, San Joseph, Corredera Baja de San Pablo y calle del Desengaño [10]. Más adelante, en 1766, «en la calle de la Luna, casa número 19, cuarto principal», y en 1769 «en la plazuela del Ángel, cuarto principal, que antes era cuartel de Inválidos», frente por frente de la célebre fonda de San Sebastián (exactamente entonces emplazada donde hoy se levanta el palacio que fuera del conde de Tepa), en la que don Nicolás Fernández de Moratín fundó en 1771 la célebre tertulia literaria por la que pasó toda la intelectualidad ilustrada de su tiempo, donde don José de Cadalso dio lectura pública a sus Cartas Marruecas, don Ignacio López de Ayala algunas de las semblanzas del primer tomo de las Vidas de españoles ilustres y don Nicolás a los versos de su Arte, un barrio donde se levantaban los coliseos de la Cruz y el del Príncipe y en cuya tertulia don Leandro, el ilustre único hijo de don Nicolás, formó desde muy joven tanto su talento dramático como también su afición a frecuentar el amor de lance, sin mayor compromiso que los reales acordados, como él mismo dejó consignado en sus escritos autobiográficos y diarios de viajes, tal el que le llevó por Italia en 1793-1794:

«¿Quién podrá fixar el número de putas que hay en Nápoles? Como este ejercicio carece de examen, como no está erigido en gremio, como no sufre ni veedores ni demarcaciones, ¿quién podrá averiguar de cuantos individuos se compone [...] En ambos extremos se hallan hermosuras fáciles; el precio es diferente, el contrato es el mismo, los mediadores, no [...] Estas mujeres no son tan callejeras como en Madrid las de su oficio [...] En Nápoles es el mal venéreo más común, y más funesto acaso, que en cualquiera otra parte de Europa» [11].

Beauregard tenía redactado su texto [12] intitulado Disertacion Chirurgical (Figura 4) a principios de 1760, pero se ausentó temporalmente a su país y, al regreso, residió durante el verano de 1765 en Cádiz, donde atendió enfermos. No sería hasta 1766 cuando autoeditó a sus expensas y publicó su opúsculo, que puso a la venta en la librería de Orcel, calle de la Montera. Un librito en el que hace una exposición superficial, divulgativa, de la anatomía de la uretra, vejiga, próstata y vesículas seminales, de la patología uretral (principalmente estenótica blenorragica) y el instrumental empleado para dilatar la vía urinaria: cerillas, candelillas y sondas, sin olvidar remedios para el mal de piedra e incluso también para el tratamiento de la lúes, que si bien puede «curarse perfectamente con las unciones, cuando los enfermos acuden a tiempo a profesores inteligentes. Muchos sujetos hay en quienes a un mismo tiempo se encuentra esta enfermedad con las de la uretra» (Disertación, p. 44), no están en condiciones de someterse al tratamiento mercurial.

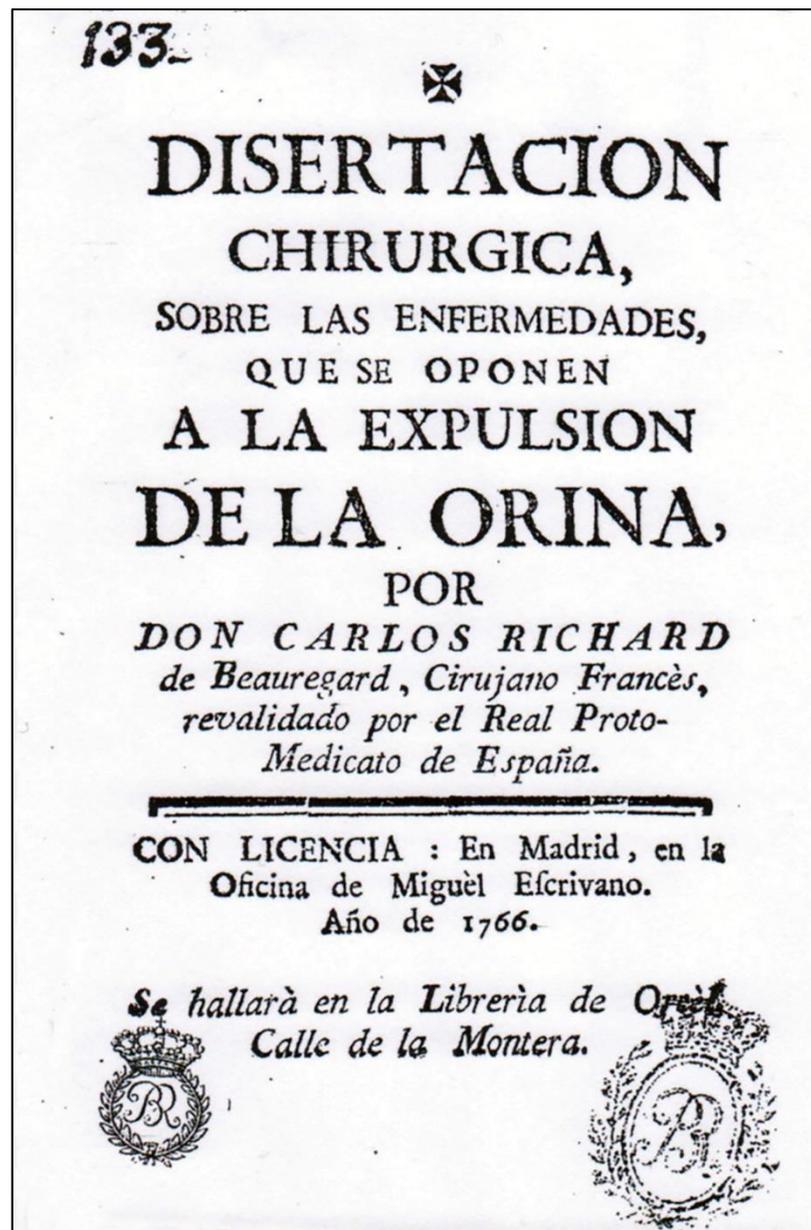


Figura 4. Frontis Disertacion Chirurgica de Charles Richard Beauregard

A continuación, ofrece al lector una serie de observaciones (XXV), casos clínicos tratados con éxito empleando sus instrumentos dilatadores, candelillas medicinales recubiertas de formulaciones tópicas magistrales, inclusive una fimosis muy cerrada que resolvió sin necesidad de recurrir a la circuncisión. Beauregard ofrece al lector formulaciones de remedios para la litiasis y la lúes de posología oral, pero nada dice de cómo ni con cuáles productos elaboraba sus candelillas, que debieron ser populares y vendía en cajas de sesenta unidades acompañadas de un prospecto informativo para ser utilizadas por el usuario, un negocio sanitario al que le salieron impostores y que muy posiblemente sobrevivió al cirujano, de quien se pierden referencias a partir de 1780.

Contribución del autor: El autor ha contribuido al diseño metodológico, adquisición de datos, escritura y preparación del manuscrito; así como a la revisión y edición del mismo. El autor ha leído y está de acuerdo con la publicación del manuscrito en esta versión.

Financiación: El presente artículo no ha recibido financiación externa.

Conflicto de Interés: No existe conflicto de interés debido a la realización de este trabajo.

Bibliografía

1. Rousseau, J.J. Confesiones. Tebas. Madrid, 1978.
2. Fernández de Moratín, N. Arte de las putas. Edición y estudio preliminar a cargo de Manuel Fernández Nieto, Ediciones Siro, S.A. Madrid, 1977.
3. Índice último de los libros prohibidos y mandados expurgar para todos los Reynos y Señorios del católico rey de las Españas, el señor Don Carlos IV. Imprenta de don Antonio de Sancha. Madrid. 1790, p. 16.
4. Obras de D. Nicolás y D. Leandro F. de Moratín. Biblioteca de Autores Españoles, tomo II. Ediciones Atlas, Madrid, 1944, pp. VII-XIX.
5. Ortiz Barroso, J. Uso y abuso de el agua dulce potable interna y externamente practicada en estado sano, y enfermo. Imp. de las Siete Revueltas, Sevilla, 1736, p.99.
6. Khan, F.; Mukhtar, S.; Ahmed, K.; Dickinson, I.; Sriprasad, S. From goat's bladder to latex: The story of the condom. De Historia Urologiae Europaeae. 2014; 21: 131-137.
7. El Heraldo de Aragón, 13 de julio de 2008. (<https://www.heraldo.es/noticias/ocio-cultura/2008/07/12/la-universidad-salamanca-muestra-preservativo-encontrado-un-libro-del-xvi-18124-1361024.html>).
8. Ruiz de Luzuriaga, I.M. Disertación médica sobre el cólico de Madrid. Imprenta Real, Madrid, 1796, 262 pp.
9. Gómiz, J.J.; Galindo, I. Carlos Richard de Beauregard y el tratamiento de la estenosis uretral blenorragica en el Madrid del siglo XVIII: Publicidad, secreto e impostura. Actas Urol Esp. 2015; 39: 641-645.
10. Martínez de la Torre, F.; Asensio, J. Plano de la villa y corte de Madrid. Imp. J. Doblado, Madrid, 1800, p. 88 y lam. 26.
11. Fernández de Moratín, L. Viaje a Italia. Edición crítica de Belén Tejerina. Espasa Calpe, Madrid, 1988, pp. 236-238.
12. Beauregard, C.R. Disertación chirurgica sobre las enfermedades que se oponen a la expulsión de la orina. Oficina de Miguel Escribano, Madrid, 1766.